

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti ci-
vilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.
«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comi-
sionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad
Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizarazu.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Es tal el número de exposiciones
que hemos recibido, que a pesar de
llenar con ellas diariamente la ma-
yor parte de nuestras columnas, ten-
dríamos que tardar meses enteros
en publicarlas.

Mañana daremos un suplemento
lleno de exposiciones, además
de las que aparezcan en el cuerpo
del periódico.

Este suplemento se repartirá, lo
mismo a los suscriptores de la edición
GRANDE, que a los de la ECO-
NOMICA.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

PARIS, 18.

Las noticias de Nueva-York, alcanzan al 8.
El 7 fueron ajusticiados Payne, Harrowd, Atzerolth
y Mad. Surraht, cómplices en el asesinato de Lincoln.
El juez del tribunal supremo lanzó un mandato de
prisión contra el general Hancock, por sospechas de
complicidad con Mad. Surraht; pero el presidente
Johnson dispuso que dicho mandato no se llevara a
efecto.

Han desembarcado numerosas tropas federales en
las costas de Tejas; 6,000 soldados han llegado a Rio
Grande.

El periódico Herald asegura que existe gran canti-
dad de algodón en el interior de la Carolina del Sur.

El ministro de Estado, Mr. Seward, recibirá en
breve una nota del Gobierno español, en virtud de la
cual será devuelto a los Estados-Unidos el vapor-
arrete Stonewall.

El oro está a 139, y el algodón a 50.

PARIS, 17.

Esta tarde a las tres, después de cerrada la Bolsa,
han quedado los fondos a los precios siguientes:
3 por 100 frances, 67 45.
4 1/2 frances, 97.

Fondos mejicanos modernos, 47 1/2.
Mejicanos antiguos, 24 1/4.

Consolidados turcos, 49 5/8.
3 por 100 portugueses, 47 1/2.

3 por 100 italiano, 64 9/16.
Cambio sobre Lisboa, 541.

Crédito territorial frances, 1,255.
Crédito mobiliario frances, 720.

Id. id. español, 466.
Ferro-carril del Norte de España, 175.

Id. de Alicante a Zaragoza, 327.
Id. portugues, 190.

Id. lombardos, 186.

PARIS, 18.

En la Bolsa de hoy, quedaban: el 3 por 100 inter-
ior español, 43 3/8; el exterior, 40 0/0; la dife-
rida a 39 3/8; la amortizable a 28 1/2; el 3 por 100
frances, 67 45; el 4 1/2 a 97 00.

LONDRES, 18.

Los consolidados ingleses quedaban de 90 a 118.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 19 DE JULIO DE 1865.

EXPOSICION QUE EL EXCMO. E. ILMO. SEÑOR OBISPO
DE VITORIA DIRIGE A S. M. CON MOTIVO DEL PRO-
YECTADO RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

El Obispo de Vitoria, a L. R. P. de V. M., con
profundísimo respeto, expone: que sabedor de
que el Gobierno de V. M. se halla dispuesto a
negociar lo conducente para el reconocimiento
del llamado reino de Italia, salvando los inte-
reses católicos y los respetos debidos al Padre
común de los fieles, cumple a su sagrado mi-
nisterio rogar a V. M. que se medite detenida-
mente este acto en su fondo y consecuencias, y
dado que sea indeclinable, que se proceda pré-
via la plena conformidad del Soberano Pon-
tífice.

No se crea, Señora, que el Episcopado pre-
tende inmiscuirse en cuestiones políticas ó fa-
vorecer oposición alguna al Gobierno de V. M.:
el asunto que ocupa es altamente religioso como
ha declarado el mismo ministerio, y en este ter-
reno, los Obispos, oyendo la voz de su conciencia,
deben representar al Trono cuanto deman-
da la causa de la Iglesia, y conviene para el
bien espiritual de los pueblos encargados a su
pastoral solicitud.

Sentado esto, sea lícito al Obispo que recurra
a la soberana consideración los funda-
mentos de su reverente súplica. Todas las na-
ciones tienen su sentimiento, su tradición, su
historia que, formando su carácter, son el ele-
mento de su vida, de su honra y de su digni-
dad. Entrado en su legislación, en sus cos-
tumbres, en su política, refleja lo mismo sobre
la frente del augusto Príncipe que en la del obedi-
ente súbdito. Difícil empresa sería, y quizá
de tristes resultados la simple tentativa de su
modificación, como imposible la de su absoluta

renuncia. Nuestra querida España, eminentemente
católica, ha vivido y vive de su ardiente
fe y de su respeto, obediencia y fidelidad a la
Santa Sede. Por más que la heregia, primero,
y después la torpe reforma, se esforzaran por
corromper a esta esclarecida nación, España,
siempre perseverante, crecía en su devotísima
adhesión a la Cátedra de Roma y en la defensa
de su autoridad, de sus derechos y de sus glori-
as: el Catolicismo es el espíritu y el corazón
de los españoles; es su honra, su timbre, su
corona, porque deben al Catolicismo su gran-
deza, su prosperidad y su ventura: por esto
es que el español se derriba todos los días
en la presencia del Cielo, para ofrecer su
acción de gracias en reconocimiento de haber
nacido en el gremio de la Santa Iglesia,
no menos que para rogar por la exalta-
ción de la fe divina y para protestar que su fir-
me deseo y propósito es morir en la paz y co-
munion de la Iglesia católica: por esto también
sus mejores pensamientos y sus nobles afectos
se dirigen y fijan en Roma, donde cree, res-
peto, obedece, ama, y, participante de inmensas
bendiciones, se goza en los triunfos del Pontifi-
cado, ó vierte sus amargas lágrimas en los días
de prueba y tribulación.

Pues bien, Señora, este sentimiento tan ele-
vado que constituye nuestro carácter y forma
nuestra gloriosa tradición, que es nuestro or-
gullo nacional y la base de grandes aspiracio-
nes, se ha sobrecojido al anuncio del proyectado
reconocimiento del reino de Italia; porque
está en la conciencia de todos los españoles, así
lo que significa este nuevo reino, como lo mu-
cho que hace temer su funesta consolidación.
El Prelado que tiene la honra de dirigirse a
V. M. guardará en el silencio los injustificables
atentados que ha sido preciso cometer para la
anexión al Piemonte de varias nacionalidades
de Italia; mas no puede prescindir de hablar
muy alto sobre la usurpación de provincias que
han sido desmembradas de los Estados Pontifi-
cios con inaudita violencia y nefando sacrilegio.
Ese despojo impío contra el cual ha pro-
testado siempre y solemnemente la Iglesia, y
con ella todos los católicos, ha producido un
vivísimo dolor en cada uno de los fieles, pero
singularmente en los españoles, cuya piedad
filial se ha visto ofendida en las santas consi-
deraciones que rinde a la Iglesia y a su cabeza
visible el Pontífice Soberano. Bien deseaba Es-
paña católica llevar sus armas a Roma, y ven-
gar los ultrajes inferidos al Catolicismo: más
impidiéndolo razones de política internacional,
España, con reserva de su derecho y acción,
ocupaba su puesto de honor esperando arma al
brazo la faz de los acontecimientos.

Ni por ello había de decirse que España es-
taba aislada y fuera del concierto europeo;
porque nuestra nación mantenía sus relaciones
leales con todas las Potencias, y la sola excep-
ción del reino de Italia estaba muy justificada
por las demandas de nuestra fe religiosa, por
las exigencias del derecho y por los respetos
debidos al Padre común de los católicos, opri-
mido bajo el peso de hondísimas aflicciones.

Hoy que el Gobierno de V. M. cree llegado
el caso de reconocer dicho reino de Italia, sal-
vando los intereses del Catolicismo y los res-
petos de la Santa Sede, los Obispos que viven
en medio de los fieles y que recogen sus sentimien-
tos y sus votos, cumplen el estrecho deber de
manifestar por sí y a nombre de sus diocesa-
nos, que se proceda en asunto tan delicado con
exquisita meditación, a fin de obtener homena-
je respetuoso a la Religión que profesan, docen-
tientos millones de católicos; veneración pro-
funda a la suprema autoridad del Vicario de
Jesucristo, en su doctrina, en sus protestas, en
sus censuras; restitución íntegra del territorio
detenido a la soberanía temporal de la Iglesia
merecida en prolongado martirio, fundada por
Príncipes religiosísimos y conservada por la
Providencia como necesidad y prenda del libre
e independiente ejercicio del poder espiritual;
y en todo evento y siempre contando como
buenos hijos con el pleno consentimiento de
nuestro augusto Padre el Soberano Pontífice,
que nos continuará sus bendiciones de amor, y
nos librará de toda incursión en las penas ecle-
siásticas que ha fulminado en el nombre del
Cielo. En mérito de todo lo expuesto,

A V. M. reverentemente suplica, que se dig-
ne mandar que en las negociaciones que ha-
yan de abrirse para el reconocimiento del reino
de Italia, se tengan muy presentes los derechos
e intereses del Catolicismo, y a la vez los res-
petos y consideraciones debidas a la Santa Sede
en los términos expresados, y muy principal-
mente su cumplida conformidad antes de con-
sumar cualquiera adhesión al repetido Go-
bierno.

Dios nuestro Señor derrame en abundancia
sus dones sobre V. M., sobre su augusto esposo,
sobre el excelso Príncipe y sobre toda la Real

familia, como lo ruega fervientemente al Señor
en sus oraciones y sacrificios el más inútil de
sus leales súbditos.

Vitoria, 16 de Julio de 1865.—Señora.—
A L. R. P. de V. M.—DIEGO MARIANO, Obispo
de Vitoria.

EXPOSICION DEL ILMO. SR. OBISPO DE OSMÁ A S. M.

LA REINA.

Señora: Cuando en 21 de Marzo último los Obispos
de la provincia de Burgos presentaron a
V. M. acerca del Real decreto que concede el
pase a la Enciclica de 8 de Diciembre del año
próximo pasado, y al Syllabus a ella anejo, se
hallaba en Roma el de esta diócesis, una de las
que componen aquella provincia; y no habien-
do tenido hasta su regreso noticia de la repre-
sentación antedicha, no pudo por lo mismo
suscribirla, y hacer ver así entonces que son
idénticos a los que en ella se expresan los senti-
mientos que abraja.

Aunque cualquiera que ignorase la ausencia
del que suscribe no advirtiera la falta de su
firma en documento tan importante, ni sospe-
chara por ello que estaba en desacuerdo con
sus venerables hermanos, sólo ó acompañado,
y más tarde ó más temprano, no hubiera omiti-
do el acercarse respetuosamente al Trono de
V. M. para decir lo que no pudiera pasar en
silencio, no obstante que, con publicar en el
Boletín del Obispado y mandar se leyera en
las iglesias las Letras de la Santa Sede, hubie-
se hecho lo suficiente para que nadie se equi-
vocase respecto de su modo de pensar.

La Iglesia, Señora, es una sociedad univer-
sal, fundada libre é independiente por Dios,
que la ha dado el encargo de predicar el
Evangelio a toda criatura, a los pueblos y a
los Gobiernos, a los súbditos y a los que
mandan. Desde su principio viene repitién-
dose el hecho y el derecho de esta sociedad de
no recurrir a las potestades seculares a fin de
obtener de ellas el *placitum* para inculcar al
mundo las divinas enseñanzas del Evangelio.
¿Donde hubiera sido el acudir a Neron y Dio-
cleciano para que dieran el *pase* a los manda-
tos del Cielo? ¿Y tiene en su línea alguna otra
potestad más derecho que Diocleciano y Neron?
No, Señora; antes bien, si esa potestad es ca-
tólica, precisamente por esta circunstancia tie-
ne más obligaciones; y para cumplirlas, no le
incumbe sino el hacer que se respeten las dis-
posiciones de la Iglesia, sin entrometerse en el
conocimiento de ellas, ni aun a pretexto de de-
fenderlas. ¿De dónde, pues, viene a esa potes-
tad, a ella que por el hecho de ser católica de-
be dar a sus súbditos ejemplo de sumisión a la
Iglesia; de dónde le viene ese pretendido dere-
cho, no teniendo otros originariamente en sus
Estados que los que en sus leyes tienen las po-
tencias paganas? Estas reflexiones, Señora,
no tienen réplica; y por eso algunos de los pro-
clamadores en España de esa reprobada doc-
trina han echado mano de una insignie super-
chería, inventando un medio que daría solidez
a sus asertos, si no caducara por su base. Era-
les preciso ir a buscarle en la misma Iglesia; y
para ello han supuesto que el *pase* procede de
una Bula de Alejandro VI. Mas prescindiendo
ahora de si este Papa ni otro alguno, ni un
Concilio general tampoco, podrían despojar a
la autoridad que de Dios han recibido, y
transmitirla a los súbditos de la Iglesia misma,
sujetando así la predicción del Evangelio a la
revisión de aquellos a quienes había de ser pro-
dicado, el hecho es que el expresado Pontífice
no dió semejante Bula: dió, sí, una, en la cual
se establece el modo de averiguar si eran ó no
auténticas las expedidas sobre concesión de in-
dulgencias, y aun para ello no facultó a la po-
testad secular, sino a los Obispos diocesanos,
como ordinarios que son, al Nuncio en España
y al Capellán mayor de los Reyes católicos.

¿Cómo puede fundarse, pues, el llamado *pase*
en una Bula circunscrita a aquellos tiempos
y al objeto referido, y sin otra extensión que a
los dignatarios mencionados?

Señora, la Iglesia jamás ha pretendido, ni
aún a título de que pudiese ser perjudicada en
sus derechos, la facultad de visar las leyes ci-
viles antes que se publiquen. ¿Con qué derecho,
pues, pretenderá la potestad secular la facultad
de visar, no se diga las letras dogmáticas, pero
ni aún las puramente disciplinarias, antes de
ser conocidas de los fieles? Si en las disposicio-
nes de disciplina respecto de asuntos mixtos
encuentra algo que la perjudique, lo cual no es
fácil, tiene en su mano la acción de suplicar,
si retenerlas, la modificación de las mismas.
El obrar de otra manera repugna a la libertad
e independencia de la Iglesia; y además de opo-
nerse abiertamente al artículo primero del úti-
mo Concordato, está condenado en la Alocu-
ción y demás letras apostólicas citadas en el
Syllabus, y reprobado mucho antes en diferen-

tes bulas pontificias: no siendo menos cierto,
aun en la hipótesis contraria, que las versiones
de los documentos que emanan de la Iglesia,
hechas por la potestad civil, no pueden tener
otro carácter que el que tienen las hechas por
un particular cualquiera. Señora, que cada
potestad se circunscriba a sus propios límites, y
no resultarán conflictos tan perjudiciales a la
sociedad, como los que proceden de la falta de
armonía entre la Iglesia y el Estado.

Como no se ha propuesto formar el que sus-
cribe un tratado acerca de esta materia, sobre
la cual tanto y tan bien se ha escrito, aquí con-
cluirá su exposición, si para proseguirla no se
viere compelido por un suceso que indudable-
mente ha llevado el escándalo a todos los án-
gulos de la monarquía, y aun a todos los pun-
tos donde de él se tenga noticia. Porque, ¿es
posible que un ministro de V. M. católica, Reina
de la católica España, haya dicho en pleno
Congreso que todo lo que hoy pasa no puede
ser culpa más que del Catolicismo? ¿Pues qué?
¿ese ministro habrá dejado ya de ser católico
para lanzarse a profetizar una blasfemia, que no
puede haber resonado otra igual bajo las bóve-
das de ningún Parlamento del mundo? ¿No ha
sido reconocido siempre hasta por los ímpios
que el Catolicismo labra la felicidad del hombre,
no sólo en la vida futura, sino también en la
presente? ¿No es esto lo mismo que nos enseña
la historia y lo que dicta la recta razón? ¿Quién
se atreve, pues, a conculcar la historia, a in-
sultar a la razón, a rechazar el sentido común
y, lo que es más todavía, a pisar la revelación
divina, oponiendo temerariamente la propia
afirmación a las afirmaciones de Dios? Pero no:
puede creerse que esa blasfemia sólo ha sido
material: que no supio lo que dijo: que ni si-
quiera lo pensó. ¡Ah! ¡si tratara al menos de
reparar el escándalo, posponiendo todas las
otras consideraciones a tan altísima con sidera-
ción! Mas, ¿qué reparación puede esperarse de
quien no vacila en aseverar públicamente que
la cuestión de enseñanza debe resolverse por la
libertad de enseñanza? Esto es lo mismo que
decir que en España debe permitirse que se en-
señen cuantos errores se quiera; y siendo así,
un Obispo no puede menos de levantar su voz
pastoral contra el que de tal modo ataca las
leyes fundamentales de la nación, una de las
cuales es la unidad católica, con la que es in-
compatible la enseñanza de la heregia y de la
impiedad.

Tampoco puede callar un Obispo católico,
cuando sabe que se trae entre manos un pro-
yecto tan funesto para la Iglesia, como impo-
sible, absurdo y anti-español. Se pretende que
esta nación noble y valerosa, si bien debilitada
por miserables banderías, reconozca, como for-
mando uno solo con el Piemonte, el conjunto
de Estados independientes que han sido invadi-
dos por el Gobierno sardo de la manera que
el mundo entero sabe; y aunque, en virtud del
derecho que por la Constitución tienen todos
los españoles, podría pedir que no se recono-
ciese ni aun la más pequeña de las usurpacio-
nes cometidas para formar el titulado reino itá-
lico, que es la expresión de un inmenso cúmulo
de crímenes, cuya perpetración sólo puede com-
prenderse en una edad que por antifrasis debe
llamarse ilustrada, se con rita el que suscribe
al punto que más directa é inmediatamente in-
teresa a la Iglesia, y del cual no puede pres-
cindir, aunque para ello tenga que exponerse a
las iras y arrostrar los ultrajes de algunos pe-
riódicos sin Dios y sin ley, y que en su atroz
desenfreno no respiran sino blasfemia, cinismo
y grosera impiedad.

Decía, Señora, que no se reconociese ni el de-
recho ni el hecho de las usurpaciones que el
Piamonte ha cometido en los Estados de la
Iglesia. La nación española no lo quiere, porque
no quiere que el Papa sea súbdito de nadie más
que de Dios; y si ahora se reconoce la usurpa-
ción de las provincias que le han sido arreba-
tadas, sería esto un paso y un estímulo para
que le arrebatasen el resto de sus dominios,
que no son suyos, sino del universo católico,
el cual se ha indignado por los atropellos de
que está siendo víctima el Soberano Pontífice.
Testigos de esta justísima indignación los miles
de documentos comprendidos en los diez y seis
abultados volúmenes impresos en Roma, y cu-
biertos de millones de firmas, en referencia tan
sólo, porque a la letra no cabían en una bi-
blioteca; y eso que no figuran en ellos las de la
mayor parte de los católicos, la cual se sabe
siente y piensa del mismo modo que piensan y
sienten los que han firmado. Por otra parte,
Señora, y esto no deba olvidarse nunca, Su
Santidad ha fulminado excomunión contra to-
da persona de cualquier grado y condición
que sea que coadyuve al despojo de sus Esta-
dos, los cuales serán siempre de la Iglesia, por
más esfuerzos que sus enemigos hagan para
lograr que las potestades seculares sancionen

con su reconocimiento tan sacrilego despojo.
Día vendrá en que la fuerza sea arrojada por
otra fuerza mayor; porque lo que sólo en la
fuerza se funda, por la fuerza será destruido.
¿Y por qué en la brillante historia de España
se ha de imprimir una mancha que será imposi-
ble quitar?

Aquí llegaba el exponente cuando ha oído
con asombro que las representaciones sobre el
mismo asunto de los señores Cardenal Arzo-
bispo de Burgos, y Obispo de Tarazona, son
objeto de no sabe qué procedimientos. Si así
es, Señora, el Obispo de Osmá suplica a V. M.
que esta las acompañe, pues el de Osmá hace
suyo todo cuanto dicen aquellos ilustres Pre-
lados.

Que Dios proteja a V. M. y a toda la Real fa-
milia. Borgo de Osmá, 16 de Julio de 1865.—
Señora.—A L. R. P. de V. M.—PEDRO MARIA,
Obispo de Osmá.

EXPOSICION DEL EXCMO. E. ILMO. SEÑOR OBISPO DE
JAEN A S. M. LA REINA.

SEÑORA:

El Obispo que suscribe tiene el sentimiento
profundo de elevar al Trono las atendibles ra-
zones que no pueden menos de conformarse
con las que V. M. en su felicísima penetración
habrá juzgado ya la superior importancia que
envuelve el asunto relativo al reconocimiento
del reino de Italia.

Cree el suplicante que V. M. no debería ni
fuera conveniente reconociese tal estado de co-
sas, al menos hasta que el Padre común de los
fieles hubiese prestado el indispensable consen-
timiento; y ara juzgar asíomite referirse a no-
ciones generales sobre la justicia y el derecho
en aquella región concluida, a la idea de los
fueros allí hollados y a la doble santidad que
constituye el objeto de las usurpaciones y sa-
crilegios en Italia cometidos; que V. M. com-
prende toda la funestísima extensión con que
ya aparecen las conquistas hechas en el llama-
do reino por la sorpresa, por la fuerza y por la
astucia, poderosos auxiliares de pasiones bas-
tardas. Y en tal persuasión, y respetando me-
jor consejo, tiene por excusado el exponente
recorrir a cuerpos de doctrina y a invencibles
argumentos para inclinar el ánimo ilustrado y
profundamente católico de V. M., a que niegue
la sanción de tales hechos, vulgar ironía de la
regla y de lo justo.

Velado está por toda ley y moral reconocer
y adoptar como bueno lo que en sí mismo en-
traña radical vicio, nulidades y conocidos des-
afueros. Y cuando a esto se une que los Reyes,
los poderosos, los Gobiernos y las potestades
no deben ser movidos, mayormente en asuntos
graves, por circunstancias que suele crear la
pasión ó el interés de partido, si no que deben
obrar por altas razones de Estado, aparece
evidentemente que un reino de mal origen, de
vida efímera y viciada y que lleva en su cora-
zón el germen de mil compromisos de presen-
te y para el porvenir, no merece ni aún la con-
sideración de un hábil diplomático ni de un es-
tadista que sepa mirar las cosas y los grandes
intereses relacionados con la rectitud, con la
justicia y con un bien entendido patriotismo.

A mayor abundamiento, tratándose de me-
ras consumaciones debidas más bien a un per-
severante conato de dominar y de imponer que
a la indudable sagacidad y a la fortuna nada
escrupulosa que las realiza; se deja ver, no ya la
inconveniencia, sino el verdadero peligro en re-
conocer aquel desdichado reino.

Además, Señora, sufre, padre y es víctima
de tales excesos toda la república cristiana es-
candalizada y herida en su más genuina ex-
presión. El titulado reino de Italia es en mucha
parte, la porción y el reino del mundo católico;
es lo que forma desde siglos el poder temporal
del Papa; es por fin el suelo, el pan, los recur-
sos y las mismas lágrimas arrancadas de los
ojos del Padre común de los fieles, para amasar
con ellas un ídolo de iniquidad ante el cual den
conciertos de perdición las lisonjas y deslealtades
hoy unidas para despedazarse después de la
victoria. Y cuando todas las pasiones encuen-
tran respiradero fácil en los abusos mismos del
derecho de petición, sea permitido al Obispo
exponente rogar a V. M. se digné negar la Real
sanción al proyecto de reconocer una cosa, sobre
injusta y sacrilega, profundamente inconveniente
y funesta.

Dios guarde la preciosa vida de V. M. mu-
chos años, para bien y consuelo de los pueblos
católicos que todo lo esperan de su Reina y Se-
ñora. En Jaen a 15 de Julio de 1865.—Señora.
—A L. R. P. de V. M.—ANTOLIN, Obispo de
Jaen.

EXPOSICION DEL EXCMO. E. ILMO. SEÑOR OBISPO DE
ZAMORA A S. M. LA REINA.

SEÑORA:

El Obispo de Zamora tiene la honra de lle-

garse por medio de esta reverente exposición a las gradas del Trono de V. M., para suplicarle muy encarecidamente se digne negarse al reconocimiento del llamado reino de Italia, porque así lo pide la significación de V. M. como Reina católica, y la seguridad de su Trono y dinastía.—El que suscribe, no abraja el propósito de poner en duda sobre estos puntos capitales los sentimientos del Gobierno de vuestra majestad: muy al contrario, tiene por sincera la declaración que se sirvió hacer ante los dos Cuerpos colegisladores, al anunciar que creía llegado el tiempo de adoptar un partido respecto de la cuestión de Italia, pero que se resolvería sin lastimar los intereses del Catolicismo, que el Gobierno respeta y respetará siempre, pues los ministros de una Ruina y de una nación católica deben ser y son hoy verdaderos católicos. Haciendo al Gabinete la justicia que se merece de la sinceridad de tales sentimientos, puede muy bien equivocarse, y al parecer del que suscribe, se equivoca cuando se adelanta a dar la seguridad de que no se lastimarán los intereses del Catolicismo al resolver sobre el partido que es llegado tiempo de adoptar en la cuestión de Italia.

Las razones asisten al que suscribe para tener por cierto que, al resolver el Gobierno de V. M. esa cuestión, lastimará los intereses católicos. La primera consiste en los aplausos con que ha sido acogida esa declaración por los que en España y fuera de ella no ocultan sus deseos y propósitos de combatir el Catolicismo. Harlo público es el hecho para tener necesidad de comprobarlo: cosa que por lo mismo sería bien fácil con transcribir algunos trozos de periódicos publicados en España y en el extranjero. Algo, pues, y no poco, favorece al poner esa cuestión sobre el tapete al empeño de los que de diversas maneras atacan el Pontificado y su poder temporal.

Pues todo aquello en que ese empeño quede favorecido con la solución que se propone, es en perjuicio de los intereses católicos.—Consiste la segunda prueba en estos mismos perjuicios contra el Catolicismo, no ya sólo en la solución que se da, si alguna se da a la cuestión presentada, sino en su misma propuesta ante los Cuerpos colegisladores de España, como programa del Gabinete. Con este programa declara el Gobierno de V. M. abierta la discusión una cuestión que es religiosa, declarada como tal por quien tiene para ello indisputable competencia, a saber: el Romano Pontífice, el Vicario de Jesucristo; y resuelta por él como Maestro y doctor de todos los fieles, imponiendo penas canónicas a los contraventores, auxiliares y adherentes, según puede verse en sus Letras apostólicas *Cum catholica* de 26 de Marzo de 1860.

¿Cómo podrá dejar de mirarse como un ataque a esta solemne resolución de la Santa Sede, el proponer que el mismo asunto, al que no puede desdoblarse de su índole espiritual, se agite de nuevo, y según parece, para resolverlo en opuesto sentido que como ya lo hizo la Santa Sede? ¿Nada padecerá el Pontificado, institución católica, cuando se rasgue una decisión suya, declarando de hecho o de derecho bueno, justo y honesto lo que el Sumo Pontífice condenó como perniciosa, escandalosa intrusión y sacrilegio? ¿A cuál de las dos declaraciones se adhiere, y cuál de ellas promueve el Gobierno de V. M.? Estará y sentirá en asunto tan palmario con el Vicario de Jesucristo o con el llamado Rey de Italia? Sin duda abrazará el partido según lo hasta el día, si ha de continuar, que si continuará como hasta aquí, pues los ministros de una Reina y de una nación católica deben ser, y son hoy verdaderos católicos.

Toda vez que, Señora, otra razón tomada de la hidalguía de los sentimientos españoles. No cabe en corazones bien nacidos colmar la medida de la afición y de la aingura a quien la está apurando hasta las heces; y menos aún si esos corazones exhalan deseos y aspiraciones de socorro y auxilio, y si la persona afigura les profesa afecciones del más acendrado amor y cariño.

Pues tal es lo que está pasando entre nuestro Santísimo Padre, y V. M. rodeada de todos sus súbditos los puros y caballeríos españoles. Nosotros derramaríamos con nuestras propias manos la última gota de miel sobre la copa de ella que apura el que es Padre de todos los españoles, si fuésemos tan desnaturalizados que reconociésemos eso que quiere llamarse reino de Italia, a costa de la ruina del Pontificado, por lo menos en la intención de sus principales agentes.—Porque considero muy ageno al Gobierno de V. M. de cometer tal cobardía y vileza, pues reconozco en él la valentía y nobleza castellanas, in detengo aquí; y paso a probar que con esa reconcominación carecería de seguridad el Trono de V. M. y su dinastía.

Es tan antiguo, tan solemne y tan firme el reinado temporal de la Santa Sede, tal como lo sostiene, con valor divino el gran Papa Pío IX, que ese derecho viene a ser como la consagración de todos los derechos legítimos; y por el contrario, la anulación de todos los demás. ¿Qué Trono, qué dinastía queda establecida sobre sólida base, derrumbado que sea el reinado temporal del Papa? Este, como ya tantas veces ha sucedido, podrá desaparecer temporalmente: con él caerán en tal caso con horroroso estruendo todos los demás Tronos y dinastías: pero sólo el del Papa está destinado a permanecer para siempre, porque es una consecuencia inevitable de la divina institución del Pontificado.

Salvese, pues, el Trono de V. M. y su dinastía augusta, adhiriéndose firmemente al Trono de Pedro, cuyo fundamento jamás han socavado ni socavarán las más furiosas tempestades políticas. Salvese el único Borbon reinante en Europa, contra las furiosas corrientes que quieren envolverlo entre ruinas. Y V. M. ya sabe el campo por donde discurren esas corrientes, y que a ese campo se procura conducir al Gobierno de V. M.—El Obispo de Zamora vuelve a rogar encarecidamente a V. M., que mirando a su título de católica, el que más la enaltece, a su compasivo corazón por los que sufren, y más si este que sufre es Pío IX, y si sus penas tienen por causa el sostener derechos trascendentales a todos los derechos legítimos; mirando también a lo que sufre la inmensa mayoría de sus súbditos, que forman la verdadera y estable opinión pública, al considerar en peligro de andar errante al Vicario de Jesucristo, a quien aman profundamente, y de quien han aprendido a amar a V. M. como a su Reina legítima; mirando por último al peligro inminente de ruina que amenaza al Trono de V. M. y a su dinastía augusta, por consecuencia de los principios que envuelve y fatalmente arrastra consigo el reconocimiento del llamado reino de Italia, se digue V. M. negarse a ese reconocimiento.—Dios guarde la C. R. P. de V. M. muchos años, para bien de la Iglesia y del Estado. Santa Visita de Toro, 12 de Julio de 1865.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Bernardo, Obispo de Zamora.

EXPOSICION QUE S. S. Y EL OBISPO DE TORTOSA DIRIGE A S. M. PIDIENDO QUE NO SE RECONOZCA EL LLAMADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

El Obispo de Tortosa creeia faltar a su deber si en las presentes circunstancias no se acercase reverente a las gradas del Trono para someter lealmente a la sabiduría de V. M. algunas observaciones sobre la llamada cuestión de Italia.

Todo, Señora, todo lo que se relaciona con Roma tiene siempre, y más en los actuales tiempos, interés inmenso para los católicos. Por esto la manifestación hecha en el seno de las Cortes por vuestro Gobierno de que creía llegado el tiempo de adoptar un partido respecto de la llamada cuestión de Italia, ha causado honda impresión en el país, sin que basten a calmar la ansiedad del Obispo que expone y de las personas verdaderamente religiosas las seguridades dadas en el acto, de que la cuestión se resolverá «sin lastimar los intereses del Catolicismo».

Y no es, Señora, no, que se ponga en duda la sinceridad de las palabras pronunciadas por vuestros ministros, que como ministros de una Reina y de una nación católica deben ser y son hoy verdaderos católicos; sino que en la confusión de ideas y perturbación moral, en que causas bien conocidas han envuelto los entendimientos más claros y los corazones más nobles, no es imposible se pierda de vista el carácter verdadero de la cuestión de Italia, y contra las más rectas y explícitas intenciones, se la dé una solución que perjudique grandemente a los intereses que se quiere favorecer.

La cuestión de Italia es, Señora, para los católicos la cuestión de Roma, cuestión religiosa y de alta moralidad, en cuya resolución es preciso dejar a un lado la política y la razón de Estado, para atenerse únicamente a los eternos principios de la justicia y a las invariables reglas de la honestidad, y a las enseñanzas católicas proclamadas por quien tiene en la tierra el poder divinamente recibido y exclusivo de anunciarlas. La cuestión de Italia, Señora, está propiamente resuelta desde que el Soberano Pontífice ha pronunciado el conocido *Non possumus*, condenando las usurpaciones y a los usurpadores de las provincias y de los derechos de que la divina Providencia ha rodeado la Sede del Pontificado Supremo para bien de las almas y el mejor gobierno de la Santa Iglesia. Los hechos consumados contra el derecho son siempre flagrantes injusticias: el reconocimiento de las naciones nunca podrá hacer lícito lo que no lo es, prevaleciendo contra la protesta eterna de Dios, autor del derecho, las reclamaciones de su Vicario y la reprobación de la conciencia de doscientos millones de católicos; ni la tinta, Señora, de los tratados y protocolos lavará nunca la mancha original del pretendido reino de Italia, levantado sobre los cimientos maldecidos del latrocinio y el sacrilegio, antes la ennegrecerá más, manchando de paso la mano de las personas que tengan la desgracia de firmarlos.

Por tanto el Obispo que suscribe, puesto a los pies de V. M., se atreve a suplicar que la resolución de V. M. se digne adoptar en la cuestión de Italia, está basada y en perfecta armonía con las decisiones emanadas, o que en adelante emanen de la Sede Apostólica, puesto que esta es la única solución justa y, por justa, digna; la única conforme con los sentimientos de piedad y amor hacia la Iglesia y su Cabeza visible que tan vivos arden en el Real corazón de V. M.; la única en fin que puede satisfacer al compromiso solemne, contraído por vuestro Gobierno ante la nación en los Cuerpos colegisladores, de no lastimar los intereses del Catolicismo.

Dios nuestro Señor derrame sobre V. M., su augusto esposo, el Príncipe y Real familia las bendiciones de su gracia y todo género de prosperidades, para bien de la Iglesia y del Estado. Tortosa, 14 de Julio de 1865.—Señora.—

A L. R. P. de V. M.—Humilde y obediente súbdito y respetuosísimo capellan, BENITO, Obispo de Tortosa.

EXPOSICION QUE ELEVA A S. M. EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE TARRAGONA, CON MOTIVO DEL RECONOCIMIENTO DEL LLAMADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

El Arzobispo de Tarragona acude hoy reverentemente a las gradas del Trono para cumplir con un deber que le impone el sagrado carácter de que, aunque indigno, se halla investido, con motivo del reconocimiento del llamado reino de Italia, anunciado por los actuales consejeros de V. M. luego de haber sido llamados para encargarse de la gestión de los negocios públicos. A pesar de la profunda impresión que el anuncio de semejante acontecimiento causó en el ánimo del que suscribe, no creyó llegado el caso de tener que elevar su voz a V. M.; porque dada por el Gobierno la garantía de que el hecho tendría lugar sin menoscabo de los intereses católicos, de esperar era la aprobación del Sumo Pontífice cuyos derechos quedarán vulnerados, o que se procedería de acuerdo con Su Santidad acerca de las bases sobre que aquel debía realizarse. Hoy empero que la vista publicada en algun periódico la nota pasada por el ministerio de Estado al embajador en Roma, en la que desvanece dicha esperanza, cree llegado el momento de romper el silencio para representar a V. M. contra el mencionado hecho, no en cuanto se trata de un acontecimiento político, sino en cuanto afecta al Catolicismo, visto el modo como se ha constituido el llamado reino de Italia, principios que le han servido de fundamento, y la conculación de toda justicia y de los derechos más sagrados e inviolables que a su sombra se pretende sancionar.

Si en el terreno de la política, y aun bajo el punto de vista de interés de la Real familia, prescindiendo de toda observación, no puede obrar así, esto es, trazarse igual conducta cuando se trata de intereses de la Religión y de los derechos de la Iglesia, en cumplimiento de lo que prometiera con juramento al Señor en el acto de su consagración, derechos que quedarán vulnerados con el reconocimiento que se intenta. El llamado Reino de Italia se ha formado con parte de los Estados que el Soberano Pontífice posee como Soberano temporal. Garantidos por las naciones católicas y colocados bajo la salvaguardia de las leyes de la Iglesia, su usurpación tiene una gravedad particular y específica, que la constituye un verdadero sacrilegio.

Así lo ha declarado el mismo Vicario de Jesucristo en la tierra. El reconocimiento del llamado reino de Italia supone el de la usurpación de los Estados de la Iglesia, y aun cuando se verifique admitiéndolo como un hecho independiente del derecho, ni el hecho debe reconocerse sin el consentimiento de la altísima persona a quien el hecho perjudica, ni en este punto complejo tratándose del Jefe supremo de la Iglesia, y de una nación eminentemente católica puede seguirse la práctica de reconocer los Gobiernos llamados de hecho. La cláusula de que con el reconocimiento no se siente perjudicar el valor que pueden tener las protestas hechas por Su Santidad es ilusoria; porque el derecho y justicia de estas son independientes del reconocimiento de un tercero. El romano Pontífice depositario y árbitro de los derechos de la Santa Iglesia de Roma, es el único Juez que debe determinar las condiciones bajo las cuales pueda hacerse el reconocimiento, y sin este acuerdo espera el Arzobispo y sus fieles.

A V. M. rendidamente suplica: que se sirva disponer no se proceda al mismo en cuanto se relaciona con los Estados que han sido usurpados al Romano Pontífice, con lo que V. M. dará una nueva prueba de su acendrado Catolicismo. Dios guarde la importante vida de V. M. por muchos años. Tarragona, 14 de Julio de 1865.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Francisco, Arzobispo de Tarragona.

EXPOSICION DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR OBISPO DE SANTANDER A S. M. LA REINA.

SEÑORA:

El Obispo de Santander, que ha permanecido siempre ageno a contiendas apasionadas de partidos políticos, no puede prescindir de acudir hoy al Real Trono de V. M., sabedor de que vuestro Gobierno cree llegado el tiempo de adoptar un partido respecto a la llamada cuestión de Italia.

Consiguientemente el Obispo en su propósito de no mezclarse en asuntos meramente políticos, se guiará guardando completo silencio, si en el reconocimiento del llamado reino de Italia no viniera envuelta la adhesión a sacrilegas usurpaciones cometidas en los Estados del Sumo Pontífice, cuyos derechos sagrados el Obispo se obligó con juramento a defender en el acto solemne de su consagración. Por esta causa, se ve precisado a representar reverentemente a V. M. con el objeto de que vuestro Gobierno proceda de acuerdo y conformidad con el Soberano Pontífice en la parte que afecta a los intereses del Catolicismo, tan íntimamente enlazados con la libertad e independencia del Jefe Supremo de la Iglesia universal. Ni se hallará, Señora, otro medio más seguro para que la cuestión de Italia se resuelva sin lastimar los verdaderos intereses católicos, y no es porque el Obispo dude de los sentimientos religiosos de

vuestro Gobierno, de que ha dado pruebas inequívocas en anteriores ocasiones, ni porque le considere desprovisto de las dotes de inteligencia y génio para acometer y llevar a cabo empresas difíciles; sino porque sólo al Romano Pontífice como sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo fué concedida la singular prerrogativa de ser el Jefe Supremo de la Iglesia católica, cuya perpetuidad fué garantizada por promesa de su Divino Fundador Jesús, Salvador nuestro.

No hay que temer faltar el cumplimiento de esta promesa. Si menestef fuere, se renovarán los prodigios obrados en su establecimiento y propagación; pero, Señora, cuando los medios dispuestos en el curso de los siglos por la Divina Providencia fueron reconocidos como necesarios e indispensables en las presentes circunstancias por el Jefe de la Iglesia y el voto unánime del Episcopado católico, sería temer a Dios, contra la prohibición expresa de las Santas Escrituras, privar de ellos al Sumo Pontífice en perjuicio de su libertad e independencia en el Gobierno Supremo de la Iglesia universal. Ni se diga, Señora, que aun sin las provincias usurpadas conserva la soberanía temporal suficiente para ejercer con independencia el gobierno espiritual de la Iglesia; porque, Señora, reconocido el sacrilegio despojo, queda abierta una brecha por la que no tardará en darse el asalto, como es de inferir de documentos públicos, que no serán desconocidos al Gobierno de V. M. De todas maneras, el Obispo de Santander, en vista de las prohibiciones canónicas y de las penas espirituales en que incurren los consentidores y adherentes a las usurpaciones sacrilegas de las provincias Pontificias de Italia.

Suplica humilde y reverentemente a vuestra majestad que en las negociaciones sobre este asunto proceda vuestro Gobierno de acuerdo y con el asentimiento del Soberano Pontífice, como así lo espera el Catolicismo y piedad de vuestra majestad.

Dios conserve la preciosa vida de V. M. por muchos años para bien de esta monarquía.

Santander y Junio 16, de 1865.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Su humilde y fiel Capellan, José, Obispo de Santander.

EXPOSICIONES A S. M. CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL LLAMADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

Ya lo sabéis: El inflexible maestro de la verdad, Pío IX, tiene condenado como sacrilegio e injusto el reconocimiento de ese mal llamado reino de Italia, y los discípulos e hijos católicos de tan venerando Padre, súbditos fieles de V. M., decimos: que quien le reconoce, reconoce el sacrilegio y la iniquidad: sanciona la conculación del derecho y de la justicia: echa el sello de la justificación a la villanía, al pillaje, a la traición, y da abricos a los cobardes y despreciables adeptos de Renan y de Proudhon: de los panteístas y escépticos de Hegel y de Krause: de los que escarcean a Jesucristo y su Iglesia: de los decapitadores de los Reyes y Pontífices: de los enemigos desatados de la nación española: de los bufones de la revolución francesa, y se declara villanamente no español.... No español, porque.... en España hasta el aire es católico: católico y español son sinónimos; y los que hemos abierto los ojos a la luz en el país de los Sancho y Carlos de Navarra; los que descendemos del caudillo e inmortar Artajones, del capitán Lasterra, cuando llega el caso de que alguien quiere oscurecer las glorias del españolismo, cuando se intenta morarse del Catolicismo, cuando ya está el peligro, entonces, con la serenidad, fidelidad, bravura y constancia de nuestros abuelos, como españoles, como navarros, y artajoneses, defendemos y proclamamos muy alto y en todos tonos, los caros objetos de la Religión y la patria. Como hijos de la verdad, nuestro dialecto es siempre veraz, genuino y sin disfraz: al que asesina al R-y, llamamos regicida; al que es avaro y falso a su patria o al Soberano, le decimos traidor; al que toma lo que no es suyo, contra la voluntad de su dueño, le denominamos ladrón; y al que quita a nuestro Santo Padre el patrimonio de la Santa Iglesia, en voz muy alta y en todos tonos ladrón sacrilegio, y como verdaderos católicos queremos arrebatarse de las inmundas y sacrílegas manos lo que ha robado y como hidalgos españoles los que reverente y sumamente suscribimos, nos llegamos y postramos ante el Trono de vuestra majestad, ofreciendo cuanto somos y tenemos y diciendo: Duña Isabel II, madre, Reina y Señora nuestra es hija predilectísima de la Santa Iglesia, y del Vicegerente de Dios sobre la tierra Pío IX; mirad a este pobre, santo y perseguido anciano, ¡consoladle! ¡defendedle de sus enemigos! y si ahora, ni nunca jamás reconocerá V. M. la gran iniquidad del siglo XIX, llamada reino de Italia, sea siempre la señal fuerte y magnánima de los españoles, conservando vuestra hermosa y radiante corona con valor, con resolución, con dignidad, sin jamás humillarla ni oscurer sus relucientes resplandores. El Dios de los fuertes os fortalecerá y el que todo lo puede dará a V. M. y a toda su Real familia, salud, gracia, prosperidad y felicidad completas, como lo piden fervorosamente todos los días los abajo firmantes.

Atipaña, 24 de Julio de 1865.—Señora.—A los R. P. de V. M.—José María Echavarría, Cura párroco.—Andrés Iriarte, beneficiado jubilado.—Antonio Arrascaite, id.—Pantaleón Asistio, id.—Martín Orribia, id.—Martín Zúñiga, Presbítero, Capellan de Nuestra Señora de Jursalen.—Abdon Arroiz, Presbítero, Capellan del colegio del Angel de las Hermanas de la Caridad.—Anastasio Lascarro, Presbítero.—Magro Rubo, tesorero.—Eusebio Mendioroz, id.—Antonio Zaldueña, alcalde.—Martín Catalan, sindaco.—Fermín Arroiz, secretario.—Agustín Ferris, teniente alcalde.—José Solá, regidor.—Manuel Arbeiza, id.—Eustaquio Esain, id.—Manuel Mendia, id.—Juan Antonio Zabalegui, id.—Rafael Surio, id.—Zacarias Ganuza.—Joaquín Echalde.—Francisco Fernandez, por toda su familia.—José García, por sí y por sus padres.—Sotero Yaban.—El bachiller, Fermín Echavarría y Echanguen.—Isidro Catalan.—Joaquín Aparicio, licenciado en medicina y cirugía.—Gregorio Macaya.—Hermógenes Macaya.—Francisco Góñi.—Bernabé Góñi.—Cesáreo

Arriaran.—Patricio Arriaran.—Esteban Loyola.—Saturino Ariza.—Mateo Orribia.—Martín Asurmendi.—Marcelino Gimenez.—Antonio Lardres.—Eugenio Mendioroz.—Martín Iribarren.—Sotero Lardres.—Severo Arambillet.—Vicente Osambela.—Simón Ansoarena.—Leocadio Dean.—Ciriaco Lanuza.—Justo Lorea.—Domingo Solá.—Cesáreo San Roman.—Sebastián Elio.—Valentín Losrios.—Natalio Orella.—Baldomero Perez.—Patricio Domezain.—Vicente Andeaza.—Jacinto Lucanain.—Jesús Elio.—Pedro Huarte.—Vicente Verastegui.—Eusebio Villar.—José Catlan.—Jorge Urderzo.—Saturino Aiestaran.—Julian Olaldegui.—José María Urabayen.—Vicente Orribia.—Leon Mendibil.—Cayetano Armandariz.—Agustín Gimeno.—Tomás Zabala.—Juan Rubio.—Joaquín Arambillet.—Valentín Diez.—Angel Gimeno.—Javier Zabala.—Nicasio Garcia.—Mariano Gcan.—Juan Antonio Jaurrieta.—Marcos Ripero.—Jacinto Diez.—Manuel Madoz.—Miguel Madoz.—Vicente Arregui.—Tomás Ganuza.—Hermenegildo Loez.—Lorenzo Loez.—Antonio Lasterra.—Mariano Ripero.—Juan Iriarte.—Severo Mendibil.—José Catalan.—Ciriaco Echagay.—Serafín Vital.—Joaquín Echegaray.—Sebastián Olaldegui.—Julian Ganuza.—Severo Tolosana.—Nicolás Góñi.—Juana María de Goitia.—Urbano Ganuza.—Pedro Larrea.—Modesto Ganuza.—Modesto Larrea.—Hilario Gimeno.—Casimiro Ceriza.—Pantaleón Martinez.—Manuel Lloidi.—Pedro María Jario.—Victoriano Nuñez.—Lorenzo Huarte.—Francisco Gimeno.—Dámaso Velez.—Tomás Zabala.—Agustín Izarra.—Miguel Janices.—Felipe Jaurrieta.—Renuado Jacue.—Juan Ciriza.—Tomás Madoz.—Bonifacio Buzales.—Bernardo Echegaray.—Esteban Jario.—Saturino Iriarte.—Remigio Echegaray.—Jesús Mendibil.—Manuel Martinez.—Baltasar Lardres.—Ramón Lardres.—Andrés Gimenez.—Braulio Janices.—Maximino Armandariz.—Julian Iribarren.—Juan Eusa.—Ramón Zabala.—Hermenegildo Oña.—Salvador Jario.—Ciriaco Arregui.—José Orella.—José Echegaray.—Antonio Iribarren.—Victorio Ochot.—Regis Oña.—Santiago Urra.—Antonio Baigorri.—José Mauleon.—Blas Gimeno.—Eusebio Larrea.—Felix Ariu.—Lino Lascarro.—Antonio Huarte.—Santos Huarte.—Juan Olaldegui.—Gerónimo Nuñez.—Canuto Gueube.—Agustín Urdaci.—José Alvaro.—Juan Bautista Arellano.—Valentín Domezain.—Mamerto Mendibil.—Ciriaco Arice.—Wenceslao Gilbetti.—Pelegrín Arroiz.—Juan Iriarte.—Anastasio Armandariz.—Eugenio Loyola.—Calisto Zúñiga.—Anastasio Domezain.—Canuto Domezain.—Antonio Domezain.—Martín Avellano.—Luis Domezain.—Félix Garcia.—Venancio Gueube.—Francisco Elio.—Ramón San Roman.—Bernardo Dean.—Lucas Dean.—Aulero Higal.—Ciriaco Ugarte.—Lucio Olaldegui.—Ambrosio Urdiz.—Lucas Iriarte.—Martín Urdiz.—Miguel Valeta.—Julian Perez.—José Asurmendi.—Francisco Velez.—Florencio Velez.—Francisco Garidam.—Y por sus cuatro hijos, Pascual Jaurriet.—Matias Gil.—Cristina de Urras.—Francisco Arregui.—Manuel Garucharri.—Fermín Garucharri.—Francisco Gueube.—Agustín Balaiza.—José Sanmartín.—Pedro Nuñez.—Ramón Mearin.—Braulio Mearin.—Diego Mearin.—Estanislao Mearin.—José Humarique.—Canuto Zabala.—Felipe Gueube.—Saturino Arregui.—Ignacio Mendibil.—Cipriano Arrieto.—Isidoro Gueube.—Mateo Asurmendi.—Mauricio Gueube.—Pascual Colombo.—Pedro Erice.—Pablo Huarte.—Francisco Jaco.—Martín José Andeaza.—Manuel Aranzaga.—Saturino Dean.—Eugenio Arregui.—Saturino Dommaria.—Juan Manuel Los-Rios.—Domingo Zaldueña.—José Nuño.—Manuel Ripero.—Calisto Urruti.—José María Recarte.—Bonifacio Huarte.—Antonio Iriarte.—Isidoro Elio.—Maximino Olaldegui.—Guillermo Mendioroz.—Tomás Zaro.—Santiago Fernandez.—Pablo Zabalegui.—Y por su familia, Eugenio Lopez, de San Roman.—Juan Verastegui.—Eusebio Zabalegui.—José Ramon Asiain.—Joaquín Rodriguez.—Gavino Rubio.—Ruperto Gueube.—Juan Urdiz.—Saturino Urdiz.—Isidoro Iriarte.—Pedro Madoz.—Deogracias Casamayor.—Juan Iriarte.—José Elio.—Juan Colombo.—Tomás Hernandez.—Miguel Zuzas.—Norberto Arregui.—Policarpo Yoldi.—Mateo Gorraiz.—Luis Yarruz.—José María Asurmendi.—Manuel Olague.—Canuto Asurmendi.—Eusebio Iriarte.—Y por su madre, José Perez.—Ignacio Madinabeta.—Blas Huarte.—Zacarias Armandariz.—Lino Ganuza.—Rafael Mendioroz.—Leonardo Gonzalez.—Julian Nuñez.—Julian Yarnoz.—Remigio Jimeno.—Bibiano Beré.—Bibiano Morales.—Pío Urra.—Policarpo Santisteban.—Juan Cruz Buzanariz.—Pedro Juan Buzanariz.—Mariano Buzanariz.—José Joaquín Anasae.—Santos Zabalegui.—Nicolás Yarnoz.—Segundo Garcia.—Raimundo Jario.—Leon Jario.—Severo Ciriza.—Pedro Ciriza.—Norberto Ciriza.—Por sí y por sus dos hermanos y padre, Eusebio Gogorza.—Benito Fabiola.—Ceto Zabalegui.—Por sí y por su familia, Pascual Baigorri.—José María Harnaque.—Juan Zúñiga.—Ruperto Verastegui.—Felix Zabalegui.—Por toda su familia, Juan Rodriguez.—Manuel Larrea.—Santiago Zabalegui.—Juan José Iriarte.—Joaquín Linzuain.—Martín Iriarte.—Gregorio Esparza.—Y por su madre y hermana, Mauricio Arroiz.—Por los que abajo se expresan, que no saben firmar, lo hace a su ruego y en su nombre, Francisco Fernandez.—Andrés Derruque.—Zenon Gamba.—Serafín Huarte.—José Echalde.—Felix Teus.—Mamerto Velez.—Galo Huarte.—Juan Huarte.—Gemesindo Esparza.—Cecilio Echarrri.—Cándido Góñi.—Agapito Berastegui.—Atanasio Lardres.—Agapito Loez.—José María Ortiz.—Marcel Buzanariz.—Tomás Ciriza.—Castor Yoldio.—Ambrosio Echalde.—Bautista Mendioroz.—Joaquín Armandariz.—Julian Gimeno.—Eduvigis Rodriguez.—Jorge Ciriza.—Florentino Zúñiga.—Bartolomé Zabala.—Benigno Esparza.—Cruz Lardres.—Pedro Berastegui.—Dionisio Echegaray.—Felipe Larrea.—Ruperto Catalan.—Vicente Baigorri.—Luis Gueube.—Eugenio Gimeno.—Quirico Jalon.—Indalecio Morales.—Juan Gueube.—Pablo Erviti.—Lucio Elio.—Baltino Buzanariz.—Hilario Perez.—Hermenegildo Vital.—Angel Viduarte.—Aniano Garcia.—Bos Suescom.—Francisco Perez de Monain.—Felipe Munariz.—Ciriaco Arroiz.—Antonio Erro.—Tomás Azcarate.—Francisco Arroiz.—Cisalpino Iriarte.—Bartolomé Lascarro.—F. cundo Jimeno.—Agustín Baigorri.—Ignacio Arregui.—Pedro Orribia.—Francisco Ciriza.—Leon Solá.—Mariano Solá.—Manuel Azcorbe.—Aniceto Gorraiz.—Valentín Ganuza.—José María Mendioroz.—Marcos Ardanaz.—Alberto Ardanaz.—Fermín Loez.—Blas Villanueva.—Marcos Ortiz.—Policarpo Istúriz.—Francisco Bazariz.—Manuel Gilvetti.—Cayetano Buzanariz.—Claudio Iriarte.—Práxedes Solá.—Tomás Andeaza.—José Esparza.—Eleuterio Ortiz.—Eusebio Gueube.—Feliciano Elio.—Miguel Ganuza.—Marcelo Asurmendi.—Tomás

Lola, Lorenza Arambillet, Natalia Gimeno, Abdono Zaldueño, Francisca España, Antonia Iriarte, Agueda de Nuñez, María Jimeno, Basilia Zubavea, Bonifacia Iriarte, Josefita Vital, Josefa Iriarte, Baldomera Ororivia, Manuela Gueembe, Joaquina Andía, Antonia Martínez, Juana Arambillet, Manuela Ganza, Alejandra Santisteban, Lina Ortiz, Sinfarosa Gueembe, Eustaquia Ortiz, Juliana Yoldi, Nicomora Arellano, Francisca Ortiz, Pia Zúñiga, Dionisia Sarriburen, Idelonsa Iriarte, Euterbia Bualas, Ezequiel Anduara, Fermína Jimeno, Petra Velez, Estanislada Mendivil, Clemente Ortiz, Felisa Vuzunarriz, Hilaria Elio, Martina Ripero, Severa Gueembe, Pascuala Jimeno, Benigna Zurbarán, Braulia Perez, Romasola Solá, Dorotea Lora, Isabel Jimeno, Ruperta Gueembe, Jacola Góngora, Agueda Echeverría, Benita Sanromán, Benigna Eguisquín, Francisca Usua, Fermína Ochovi, Niceta Velez, Mariana Velez, Joaquina Gueembe, Pia Abinzano, Bonifacia Ardanaz, Lorenza Civiza, Micaela Solá, Eugenia Urbola, Francisca Lasa, María Ortiz, Florencia Mendioroz, Francisca Jimeno, María Solá, María Paula Verastegui, Josefa Sarriuren, Martina Garriz, Micaela Colomo, María Jurio, Facunda Gueembe, María Esparza, Silvestra Ganuza, Mauricia Andueza, Josefa Cirisa, Carlota Zubalegui, Fidéla Lecuona, Josefa Vital, Dominica Goñi, Ciriaza Solá, Salustiana Ortiz, Eugenia Santisteban, Nicolasa Ispara, Eduarda García, Eugenia Colomo, María Sesma, Ezequiel Madoz, Gregorio Mendioroz, Juana Arayago, Tomás Yarnoz, Celedonia Nuñez, Nemesia Yarnoz, Estefanía Goñiz, Petra Jimeno, Tomasa Esparza, Dominica Garvín, Isidra Arroiz, Manuela Martínez, Bárbara Górra, Lucía Verastegui, Manuela Lumbier, Hipólita Juanto, Fernanda San Juan, Gregoria Merino, Basa Huarte, Ignacia Machinot, Martina Huarte, Andrea Echevarría, Antonia Gueembe, Javieria Asusta, Antonia Asurmendi, Eustaquia Elizalde, Manuela Olague, Angela Famarique, Romualdo Huarte, Ciriaza Zubalza, Bigida Urbibia, Josefa Jimeno, Plácida Iribarren, Josefa Ciurruiz, María Antonia Munarriz, Nicolasa Elizalde, Santos Oceca, Justa Ganza, Marcéla Castro, Petra Asurmendi, Juana Famarique, María Antonia Armendáriz, Josefa Huarte, Plácida Colomo, Manuela Elio, Darnasa Vital, Josefa Echegaray, Rufina Urquiza, Leandra Gueembe, Ramona Jurio, Zoila Ramírez, Sebastiana Ustarritz, Dionisia Gueembe, María Paula Murari, Inés Velez, Nicagora Arellano, Gerónima Aguirre, Manuela Garayoa, María Asparren, Carlota Larrea, Concepción Ganuza, Severa Azcarate, Idelonsa Iriarte, Severa Solá, Marcéla Mendioroz, Dolores Jimeno, Paula Villanueva, Juliana Huarte, Martina Elizalde, Santos Zúñiga, Jacinta Merino, Hilaria Elio, Estefanía Asurmendi, Juana Zugasti, Francisca Mendioroz, Rosa Marco, Bonifacia Elio, Paulina Ortigala, Benigna Villar, Venancia Elizalde, Genara Ganuza, Matilde Verastegui, Feliciano Echevarría, Juliana Molinero, Juana Echevarría, Cirila Solá, Petronila Echevarría, Pedro Castro, Juana Redín, María Mazón, Prudencia Mazón, Saturnina Elio, Melitona Ganza, Aviceta Iñiguez, Juana Perez, Babil Arambillet, Raimunda Solá, Fermína Azcarate, Justa Huarte, Niceta Huarte, Bernarda Armendáriz, María Matías Loitegui, Catalina Jimenez, Salvadora Eparza, Eladia Armendáriz, Saturnina Leizaola, Lorenza Armendáriz, Carlota Ganza, Sebastiana Antóna, Saturnina Colomo, Ramona Ojeda, Eusebia Eparza, Dolores Jimeno, Dolores Beraín, Fermína Mendioroz, Crispina Gueembe, Benita Cirisa, Ramona Esparza, Crispina Olhio, Ramona Larremendi, Polonia Urreta, Fausta Abimano, Dolores Anoz, Angela Ortiz, Casilda Mendivil, Jesusa Erice, Romualda García, Juana Torres, Mauricia Huarte, Eusebia González, Florencia Zúñiga, Venancia Elio, Francisca Ganuza, Andrea Lasa, Manuela Velasco, María Ripero, Gregorio Garisain, Juana Colomo y Vidaurre, Eusebia Ortiz, Carmen Ciria, Antonia Ororibia, Ursula Yusunarriz, Martina Arcoabillet, Martina Luz, Manuela Arizcun, Ramona Azcarate, Fermína Izpun, Basa Ganuza, Joaquina Ortiz, Castora Munarriz, Ciriaza Soret, Josefa González, Graciola Colomo, María Colomo, Juana Iriarte, Celestina Ariz, Simona Jaurrieta, Antonia Gil, Isidora Cortés, Alejandra Iriarte, Josefa Camino, Josefa San Juan, Benita Faurrieta, Cláudia Lasa, Petra Zalba, Carlota Sarriuren, Agustina Aguirre, Francisca Huarte, Angela Ardas, Juana Iriarte, Modesta Iriarte, Francisca Armendáriz, Jacinta Madoz, Juana Oficialdegui, Romualda Gueembe, Laureana Zaba, Andrea Larrea, Josefa Hamarique, Vicenta Huarte, Isidora Arroiz, Agueda Sanz, Policarpa Huarte, Gregoria Zubalegui, Josefa Osteriz, Polonia Bixiguitis, Juliana Elio, Nicasia Velez, Justa Jarroz, Maura Velez, Saturnina Mauleon, Silvestra Mauleon, Inés Fernandez, Francisca Colomo, Juana Colomo, Gabriela Oficialdegui, Fermína Alzoriz, Melitona Garbía, Fausta Abinzano, Anselma Abinzano, Francisca Huarte, Manuela Ortiz, Graciola Astorguey, Josefa Burrún, Antonia Ardanaz, Andrea Vidaurre, Juliana Machinos, Tomasa Echecon, Fernanda Onrupe, Martina Ardanaz, Guernisdina Solá, Felipe Armendáriz, Saturnina Jaurrieta, Crispina Gueembe, Cecilia Armendáriz, Ruperta Zabalza, Faustina Solá, Josefa Ganuza, Agueda Ganuza, Bernabea Perez, Manuela Ardanaz, Saturnina Yabar, Telefara Gouzalet, María Cenoz, Gregoria Gueembe, Petra Ganuza.

SEÑORA:

Ya hace tiempo que tremola entre los españoles la bandera del disturbio; ya hace tiempo que el espíritu revolucionario propala por do quiera las doctrinas demagógicas, guiado tan sólo por la ambición; ya hace tiempo que los motores de tantas y tan grandes impiedades, conociendo que el progreso de las naciones y seguridad de los Tronos, está solamente basado en el Catolicismo, pues el mismo Jesu-Cristo, dijo: «Por mí reinan los Reyes, por mí las Príncipes mandan,» han pretendido y pretenden romper bruscamente con los derechos más legítimos y arrostrar con los deberes más sagrados; no se contenta ya el espíritu diabólico con probar á la Iglesia de Dios con la calumnia de que sofisticamente es acusado; no se contenta ya con sátanicos desprecios, sino que saliendo á luz el odio mortal á todo lo razonable, inténtase manifestar haber en España oposición al Pontificado aprobando la devastación de todos sus dominios. Esto dá lugar á que pueda juzgarse que la católica España busca separarse del Romano Pontífice; pero no es así, pues son muchísimos los que protestan contra tal acontecimiento. Este es el modo, aunque indirecto, con que se pretende accelear contra el Trono que tan dignamente ocupan: por lo que, nosotros los que suscribimos, amantes de la paz de la Iglesia, fieles españoles y defensores de nuestros Soberanos; nosotros los hijos de María Santísima del Pilar, ante cuya columna po-

reyo.—Juan Robles.—Benito Rodríguez.—Domingo Pérez.—Gabriel Billa.—Atanasio Mendo.—Faustino Pérez.—Manuel Mestre, secretario de ayuntamiento.
—Blas Pañero.—Miguel Clillé.—Isidro Izagorri.—Esteban Alcon.—Gervasio Blasco, semillarista.—Leandro Rodríguez, seminarista, Presbítero.
Riolobos, 14 de Julio de 1863.

SEÑORA:

Los que suscriben, vecinos todos de Quitanilla San García, en la provincia de Búrgos, con el mayor respeto y veneración, acuden á V. M. como sábditos leales, expoiendo que ha visto con el mayor gozo la reverente y razonada exposicion que nuestro dignísimo y amado Prelado el Emmo. Sr. Cardenal de la Puente ha elevado el Trono de V. M. con fecha 30 del pasado Junio : que no podria expresar tambien como lo hace su eminenia reverendísima los deseos que animan á esta nacion católica por excelencia, y por lo tanto se adhieren en un todo á la exposicion citada de nuestro Ilustre Prelado, y haciéndola suya,

Suplican á V. M. no preste su régia siancion al reconocimiento del llamado reino de Italia, sin que previamente lo haga el Jefe Supremo de la Iglesia, cuya salud, la de V. M. y la de vuestros augustos esposos é hijos dirigen al cielo fervientes súplicas.

Quitanilla San García, 14 de Julio de 1863.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Manuel Carmona Garrido, Párroco.—Tomás Diaz, alcalde.—Luis Caño, teniente.—Eulogio Martínez.—Rufino Caño.—Ignacio Busto, síndico-regidor.—Evaristo de la Fuente y Morales, notario.—Evarista Ortiz de la Fuente.—Dámaso Caño, juez de paz.—Eusebio Torrecilla, regidor.—Antolin Caño.—Toribio Martínez.—Roman Martínez.—Hernández Martínez.—Pedro Martínez.—Ricardo Caño.—Rosario Martínez.—Benjamin Caño.—Celerino Calle.—Pedro Calle.—Plácido Saez.—Juan Saez.—Jesús Benito.—Benito Cortar.—Luis Torrecilla.—Ancieto Bego. García Caño.—Vicente Saez.—Bernardo Torrecilla.—Arsenio Frias.—Saturnino Caño.—Bildomero Caño.—Hermenegildo Lobato.—Martin Torrecilla.—Antonio Bego.—Nozmo Busto.—Serafin Torrecilla.—Doroteo Perez.—Laureano Garcia.—Sebastian Garcia.—Remigio Saez.—Juan Frias.—Ignacio Bego.—Dámaso Calle.—José Torrecilla.—Prismo Lozano.—Sobero Martinez.—Blas Martinez, Romualdo Randed.—Hilario Caño.—Mauricio Frias.—Cirio Frias.—Valentin Frias.—Domingo Abad.—Juan Calvo.—Catalina Caño.—Casilda Palacios.—Arsenio Serreto Torrecilla.—José Bego.—Fermín Caño.—Vicente Torrecilla.—Juan Frias.—Eustasio Diaz.—Justo Peña.—Alberto Caño.—Venancia Saez.—Gavino Saez.—Tomás Caño.—Antonio de Martin.—Domingo Gonzalez.—Adriana Bego.—Francisco Bego.—Casimiro Abad.—Romualdo Caño.—Manuel Abad.—Matias Bego.—Manuel Saez.—Francisco Caño.—Domingo Lopez.—Juan Bego.—Domingo Diaz.—Domingo Alcerde.—Josefa Caño.—Aquilino Cortaza.—Saturnino Lopez.—Mauro Archaga.—Félix Carpo.—Florencio Busto.—Vicente Busto.—Linos Frias.—Gaspar Martinez.—Emeterio Frias.—Eladio Bego.—Emilia Martin.—Eugenio Frias.—Valentin Frias.—Juan Luis Ortiz.—Eladio Caño.—Juan Gonzalez.—Dámaso Caño.—Miguel Hermosilla.—Indalecio Frias.—Angel Ibeas.—Laureano Ibeas.—Leon Ibeas.—Rafael Saez.—Idoro Saez.—Benito de Clara.—Leandro Gonzalez.—Agripito de la H-ra.—Gabriel Bego.—Félix Saez.—Gavino Saez.—Quirico Saez.—Narciso Martinez.—Estratona Caño.—Feliciano Caño.—Flomena Caño.—Ferdando Caño.—Leon Caño.—Marta Martinez.—Maria Ortega.—Atanasia Ortega.—Félix Diaz.—Vitoriano Busto.—Miguel Gonzalez.—Juan Sierra.—Valentin Gonzalez.—Manuel Gonzalez.—Demetrio Caño.—Domingo Diaz.—Bernardino Diaz.—Julita Bego.—Licenciado Ortiz de Laredo.—Luisa Samaniego.—don Manuel Carranza.

SEÑORA:

Andrés Zorrilla, residente en esta ciudad, pontoneo de tantos y tan ilustres Reyes, á los Reales pies de V. M. humildemente expone:

Quien algunos pocos que á V. M. lleve la mentira: quieren que V. M. no sepa de verdad, ¡insensatos! Nuestra por tantos títulos adorada Reina, tiene la verdadera sabiduría, el santo temor de Dios.

Los verdaderos españoles, que son la inmensa mayoría de esta gran nacion, amantados en lo que su Reina, en la Santa Religion católica ; apostólica ; romana, la más antigua y la única verdadera, dicen: primero Dios; despues nuestra querida Reina y la patria.

Todo esto creo leyendo plianiendo humildemente V. M. lo que ya he pedido y pido á Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen Santísima y los Santos; que no reconozca á V. M. eso que llaman reino de Italia. Así nos lo enseña á costa de muchos sufrimientos el que es sucesor de San Pedro.

Leon, 16 de Julio de 1863.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Andrés Zorrilla.

SEÑORA:

Los que suscriben, vecinos de la villa de Vazara, en la provincia de Guipúzcoa, como españoles y católicos, á V. M. con el más profundo respeto suplican, que no reconozca de manera alguna el llamado reino de Italia, hasta que lo haya reconoció su Santidad.

Así lo esperan de los religiosos y católicos sentimientos de V. M., cuya vida ruegan fervorosamente al Señor guarde muchos años.

Vergara, 13 de Julio de 1863.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—José Maria Bangoa, Arcipreste.—Felipe de Cierriaga, Cura propio de Santa Maria.—Domingo de Adaso, propietario.—Antonio Maria de Maria, propietario.—Juan José de Uceeta, propietario.—Luis Gaytan de Ayala.—Pedro Gaytan de Ayala, propietario.—José Agustín Aguirre, cirujano.—Antonio Esterripa, carpintero.—Loreto Aquirre, carpintero.—Victor de Arizpe, albañil.—Marcel Gaytan, carpintero.—Simon Garagarza, carpintero.—Santiago Adisabal, carpintero.—Miguel Ignacio de Zavaia, propietario.—José Julian de Achotegui, Presbítero.—Pedro Errazquin, ebanista.—Casto Bargaña, ebanista.—Gabriel Buzagaitia, zapatero.—José Manuel de Egüa, zapatero.—José Maria Sanchez, profesor veterinario.—Antolin de Bargaña, panadero.—Manuel de Uñanosterio, sillerio.—Antón de Uñanosterio, panadero.—Pedro Joé de Juregui, panadero.—Sebastian Juregui.—Juan Domingo de Urmeneta.—Estanislao Aramburu, zapatero.—Agustín Aramburu, herrero.—Juan Bautista de Aramburu, herrero.—José Ignacio Gabilondo.—José Antero de Aramburu, comerciante.—José Maria de Orba, chocolatero.—Ignacio de Transolio, enterero.—José Maria de Izact, confitero.—Felix Azcarate Arcasua.—Carlos Trepatiente, sastre.—José Maria Alcorta, carpintero.—José Yúsarite.—José Maria de Baiztegui, Presbítero.—José

Agustín de Uranga, curtidor.—Pedro Aristizábal, carretero.—Juan Bautista Altuna.—Pío Sebastian Sanchez.—José Ignacio Arando, latonero.—Martín de Arando, mesonero.—Pablo Ipacola, marino.—Aquilino Fuentes, Presbítero.—José de Ibarzabal, Presbítero.—Mircos de Emdal, Presbítero.—José Francisco de Arceche, empleado.—Antonio Loelá, del comercio.—Juan Miguel Aguirre, confitero.—Bartolomé Pildain, zapatero.—Angel Leturia, alparagatero.—Manuel Mendieta, alparagatero.—Bernardino Sarasola, alparagatero.—José de Aramburri, chicolatero.—Jorge Ramon Arceche.—Miguel de Mógica, su profesión grabador.—Saturnino Vergara, hilandero.—Miguel de Ayala, empleado en la fábrica.—Francisco Arana, su profesión grabador.—Manuel José de Otamendi, cartero.—Francisco Zubeldia, fabricante.—Gaspar Echoluz, fabricante.—Bislio Zizarte, impresor.—Ignacio de San Martín, grabador.—José Eguizabal, albaillo.—Domingo Bartolomé Arona.—Juan Bautista Zibleta, carpintero.—José Ayegui, guarnicionero.—Tomás de Mógica, carpintero.—Antonio de Goicoechea, maestro de coches.—Neciso Abad, pintor de coches.—Francisco de Gabillondo, carpintero.—José María Narvaiz, propietario.—José María Narvaiz, herrador.—José de Azcarate, molinero.—Francisco de Azcarate, propietario.—Eugenio de Azcarate, carpintero.—Ramon Arano, carpintero.—Tiburcio Alcarain, carpintero.—Sebastian Oñolaza, troncista.—Agustín de Bartrúeta, herrero.—José Inocente de Traquina, Presbítero.—Francisco María Meclain, impresor.—Doctor José María Enceta y Murua.—Ignacio Guasisti.—Juan Juan Domingo Ascarroz, cortador.—Valentín Lombide, cortador.—Martín de Ascarorta, José Manuel Gauchegui, zapatero.—Ignacio Goya, chicolatero.—Estanislao Mendizábal, propietario.—Marcelino de Ibarzabal, carpintero.—Juan José Zubizarreta, carpintero.—Santiago de Urcelay, Presbítero.—Sebastian Espinosa, sastre.—José Pildain, zapatero.—Édix Larraga, zapatero.—Félix Arana, comerciante.—Luciano Oroz, yelero.—José Manuel Narvaiz, Presbítero.—José Burenachea Arando, Presbítero.—Lázaro de Larraga.—Pascasio Echeverría, cortador.—Pedro Antonio Gabillondo, sastre.—Casimiro de Urmenia, Presbítero.—Agustín Elizroza, zapatero.—José Ramon de Peña Garicano.—Leocadio Vicenta de Elezale, leonista.—Luis María de Elezale.—Benifari de Emdal, ebauista.—José de Irizar y Moya.—Juan José Elezalde, Presbítero.—José Tomás de Elezale, Presbítero.—José Cayetano de Duñavería, Presbítero.—Juan José Gabillondo, sillerero.—José María de Urcel, carpintero.—Felipe Lizarraite, Presbítero.—Pejra Lagarto, excaustrado.—Agustín Larraga, Presbítero.—Tiburcio Garitano, tiosustrado.—Roque de Iruarte, Presbítero.—Manuel de Irigoyen, profesor de música.—José Celestino Irigoyen, estudiante.—Matías Ibarzabal, Presbítero.—José Manuel Azcarate, posadero.—José María Eguino, chicolatero.—José de Ichaursieta, Presbítero.—Hildefonso de Irtur, tejedor.—Donato Gallastegi, pañadero.—José Aranza, tejedor.—Tomás Gallastegi, pañadero.—José Estéban Ibaridaga, ebauista.—Pantaleón Múdia, sillerero.—Alejandro Torres, comerciante.—Angel Eguren.—Mateo Bengoa, Presbítero.—José Ventura Aizfara.—Joaquín de Irizar y Moya.—Inigo Gaytan de Ayala.

SEÑORA:

Los que suscriben suplican humildemente a vuestra majestad que no reconozca nunca los sacrificios, despojos y usurpaciones del Monarca que se intituló Rey de Eñala.

Dios Nuestro Señor guarde la interesante vida de V. M. muchos años.

Mañana, 26 de Junio de 1863.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—L. Manuel José María Lobo y Lobo, Cura y Arcipreste.—Juan García Acaide, Presbítero, Cura de San Miguel.—P. Sebastian Gomo Muñoz, Cura de San Sebastian.—Antonio Guerrero, Presbítero.—Francisco de Paula Vela co y Bermudez, Presbítero.—Luis Barrioñuevo, Presbítero.—Francisco Martín, Presbítero.—Manuel Velasco y Quiñones, Presbítero.—José Benito y Contreras, Presbítero.—Manuel Sanchez, Presbítero.—José María Carmona, Presbítero.—Manuel Díaz, Presbítero.—Domingo Lara.—Por sí y por su hermano Mariano, José José María Lobo y Fernandez de la Puente.—Juan María Narvaiz.—Joaquín Gonzalez.—Antonio Saut.—Francisco de Paula Zúñiga.—Francisco Dominguez.—Diego Sañudo.—José Cortés.—Francisco Delgado y Muñoz.—Juan Manuel Ceballos.—Sebastian Tutor.—José Morales, Presbítero.—José María Fernandez, Presbítero.—Juan Ramon Terreno, Presbítero.—Cecilio Lira y Rodriguez, Presbítero.—Francisco P. Góngora, Presbítero.—José María de los Rios, Presbítero.—Antonio Abad Salazar.—José García y Gomez.—Juan Antonio Benjumea.—Manuel Oliva.—Miguel Coiza, Presbítero.—Francisco de Andrade.—José Francisco de Zúñiga, notario eclesiástico.—Mateos de Jesús Lobo y Fernandez de la Puente.—José E. Diez de la Cortina.—José R. Vargas.—Pedro Sanchez Soriano.—Rafael Alonso.—Antonio Fernandez Haro.—José Martín y Vezes.—Miguel Aguilar.—Manuel Ruiz y Romero.—Antonio Carmona.—Francisco Carmona.—Eduardo Calderin.—Manuel Reina.—Vicente Andrés y Torre.—Juan Moreno.—José María Sañudo.—Manuel Salvador.—Manuel Salvador García.—José María Salvador.—Por Agustín Fontanilla y por Manuel Ruiz, José E. Diez de la Cortina.—Juan Díez de la Cortina.—Antonio Gomez.—Ricardo Sañudo.—Miguel Sañudo.—Cárlos Montiel.—José de Morales.—Leopoldo Perez de Vargas.—Francisco Perez de Vargas.—José Antunez de Vela.—Juan Antonio Matos.—Antonio Morillas.—Por Jose Gomez, Rafael Segovia.—Francisco Saenz.—Juan de Luque.—Manuel Araujo.—Francisco Perez y Lopez.—José Aguilar.—Antonio Aguilar.—Antonio Aguilar Gomez.—Manuel Aguilar Gomez.—Julian R. Morin.—Marcos P. Rubio.—Estanislao Martin.—Tomás de Morales.—Tomás de Torre.—Andrés Perez.—Cristóbal Muntero.—Manuel de Lara.—José Morillas y Giraldo.—Francisco de Paula Soto.—José Rubio, Presbítero.—Pedro Saut.—Manuel Galindo.—Enrique Aguilar.—Francisco Calero.—Manuel Dosdado.—Bartolomé Aguilar.—Diego María Viñon y Villalon.—Diego Rojas y Villalon.—Rómulo de Zúñiga.—Antonio de Torres, Presbítero.

SEÑORA:

Los que suscriben, vecinos de la villa de Arango en vuestro Señorio de Vizcaya, se condecoran, como españoles puros y por consiguiente católicos apostólicos romanos, en el deber de hacer ante las reales del Trono de vuestra R. M. la manifestación que se sigue, adhiriendo íntima y firmemente a los principios coneguidos por el excelentísimo y reverendísimo señor CAR

